

## Summer Time

---

**M**e había levantado hacía un momento, y aún andaba en camiseta por la casa. El frío era notorio, y al desplazarme por la vivienda acusaba una sensación gélida, pero tenía por malsana costumbre poner la calefacción después de desayunar. Era sábado y había dormido hasta las 11, y luego, con el sol mordiendo el edredón, había permanecido en un duermevela cálido hasta el mediodía. Esos momentos previos al inicio de cualquier acción, los utilizaba para recrearme en los últimos sueños refugiados en la almohada. Había hecho del duermevela todo un arte para participar de mis fantasías. Tomaba las últimas escenas del sueño a punto de desvanecerse y, con las armas de la vigilia en ciernes, entraba suavemente en el mundo mágico que, si lo trataba con cuidado, podría prolongarse en mi cabeza durante un tiempo en el que aún remataría acciones preñadas de una felicidad que no existía en el mundo al que iba a enfrentarme nada más salir de la cama. Me gustaba ese duermevela donde consciente e inconsciente se enzarzaban en una batalla en cuyo transcurso yo era el amante de una bella mujer, o mi ciudad se convertía en un paraíso donde lo anecdótico era no ser feliz. La mayor parte de mis fantasías navegaban en un

## Summer Time

---

mar musical cuyo oleaje se volvía más abrupto a medida que yo era depositado en las playas conscientes, siendo entonces capaz de distinguir las notas de un saxo que siempre interpretaba el mismo tema. Esto venía sucediendo desde mi adolescencia, cuando apenas sabía distinguir de qué instrumento se trataba y, mucho menos, a qué partitura pertenecían las notas interpretadas en esos despertares juveniles. El saxo podía sonar de mil maneras diferentes, pero no encajaban en sus tripas más acordes que los del “Summer Time”

Esa mañana de sábado también había hurgado en el refugio del último sueño para utilizarlo plazeramente en el tiempo indefinido del duermevela, y el sol había barrido el dormitorio como cualquier día en que el despertador no era más que un adorno sobre la mesilla. La vigilia ganó la batalla y se llevó mi cuerpo como botín de guerra, iniciándose una serie de acontecimientos que desbarbolaron mi existencia. Al principio no me había dado cuenta, pero algo me retenía en la cama, algo que necesitaba resolver para incorporarme y plantar los pies en el suelo. No tardé mucho en ser consciente de que la falta de entusiasmo de ese despertar se fundamentaba en una ausencia: no recordaba haber escuchado el oleaje del saxo arrojándome a la vigilia. Supuse que era la primera vez que eso ocurría en muchos años, y aunque no quise darle importancia a asunto tan

## Summer Time

---

estúpido, sentí que una sombra de miedo se apostó a mi lado. Traté en vano de regresar al sueño y recuperar las notas perdidas del “Summer Time”, pero todas las escenas se habían borrado ya de mi cabeza. Consternado por el posible significado de la pérdida de esa cualidad musical regando las secuencias de mis despertares, anduve haciendo comparaciones con la menopausia femenina y su alejamiento de la juventud. El miedo a la vejez no tardó en manifestarse, surgido de esa sombra que se había afincado bajo el edredón. Miré la hora y pensé en el tiempo que medía mis pasos, y en el camino que ya se iba acortando, y en lo poco demostrada que estaba la vida al otro lado de ésta. El tiempo, pero en sus magnitudes más amplias y existenciales, era el gran miedo que asolaba mi vigilia, pero esa mañana se manifestaba de un modo más intenso.

El sol terminó yéndose del dormitorio; lo vi esconderse tras el tejado de la casa al otro lado de la calle, y yo seguía dándole vueltas a mis miserias. Era relativamente joven, pues acababa de cruzar la barrera de los 40, pero también era relativamente viejo, ya que difícilmente doblaría la edad que ahora tenía. Miraba hacia atrás y hacía cálculos aleatorios: diez años, veinte, tal vez doce. Hacía diez que me había separado de Cristina, veinte que recorrimos Grecia admirando sus ruinas, y doce del inicio de mi relación con Ana a escondidas de mi mujer, y todo eso había

## Summer Time

---

sido ayer en el tiempo, estaba ahí al lado; ni siquiera había cambiado de televisor, y los edificios no tenían alteraciones, y la línea de autobuses que entonces cruzara mi calle, seguía haciéndolo sin cambios en la ruta. El mundo no envejecía, pero mis ojos admitían sin decoro el paso de su historia asomados al exterior de mi propia vida, buscando piedras filosofales, panaceas y utopías, mundos soñados y sentido a ese levantarse y acostarse durante tanto tiempo que, a fin de cuentas, empezaba a ser escaso para mis miedos terrenales. Si el ayer estaba a un paso de la cama y nada había cambiado, el mañana se dibujaría con las mismas razones, pero yo, el único personaje importante para mi propia historia, sería un enfisematoso por el asunto del tabaco, un individuo a punto de jubilarse que ya no podría participar en ciertas actividades, relegado por los jóvenes que me irían dejando atrás con palabras caritativas. Mi edificio seguiría en pie durante dos o tres generaciones más, pero ese viejo que un día habitó entre sus muros, apenas sería un recuerdo.

No, no había comenzado bien el día, pero al sentarme en la cama y detener la mirada en el espejo para contemplar en qué medida eran fiables mis miedos, la mente recuperó la verticalidad de todos mis conocimientos y terminó lanzando un paño benévolo sobre mis ideaciones. Pensé que aún tenía muchas cosas que hacer, que la vida me sorprendería con cálidos rincones